

David Viñas



Tonos de la crítica

Eduardo Rinesi • Rocco Carbone

Josefina Ludmer • Leonardo Eiff

Marcos Adrián Pérez Llahi

Susana Nanni

Colección Textos Institucionales

Serie Literatura



Librería García Cambeiro

■ Índice

Prólogo

Heterodoxia y estilo 9

Rocco Carbone y Eduardo Rinesi

David Viñas: una semblanza 15

Josefina Ludmer

Entre Cuba y Cristina 23

Rocco Carbone y Leonardo Eiff

Lengua y exilio 41

Leonardo Eiff

El cine: una política de la ciudad 71

Marcos Adrián Pérez Llahí

Traidor de clase 91

Susanna Nanni

■ Prólogo

Heterodoxia y estilo

Rocco Carbone y Eduardo Rinesi

“Heterodoxia” es una palabra que le gustaba a David Viñas, y que no deja de definir el modo de su propia inscripción en el campo de la literatura y de la crítica argentinas. Viñas enseñó a leer de otra manera la literatura nacional y a mirar a contrapelo la historia de la patria y de sus instituciones (pensamos acá en *Literatura argentina y política* y en *Indios, ejército y frontera*, en *Un dios cotidiano* y en *Hombres de a caballo*, en *Lisandro*, en sus vueltas y revueltas sobre Mansilla y sobre Walsh), y esa enseñanza es sin duda uno de los legados mayores que nos deja.

El otro es el estilo. Se ha dicho ya: su modo de puntear, de acentuar, de enfatizar lo que decía a través de una serie de recursos que combinaban el sarcasmo frente a las for-

mas más convencionales del hablar corriente y la imaginativa creación de figuras, de palabras y de giros que llevan su sello para siempre y que ya no habrán de abandonarnos. La de Viñas era lengua crispada y vehemente, que son palabras suyas. Y críptica también, y cada vez más, en un *crescendo* que culmina en ese extraordinario y desafiante ejercicio vanguardista que es su última, formidable novela: *Tartabul*.

Y lo mismo en su lenguaje hablado: conversar con Viñas (escuchar a Viñas: como ha escrito afectuosamente, después de la muerte de David, otro maestro nuestro, en sus diálogos Viñas había ido ahorrando últimamente la parte en la que habla el otro) era una experiencia portentosa. Teatral. Su retórica aunaba una indignación siempre intacta y siempre renovada con un fino sentido del humor. Desde su mesa de café, embestía contra el mundo (contra las injusticias del pasado o del presente: contra Manuel Fresco o contra el último editorial de *La Nación*) como una especie de Macedonio embravecido.

La relación de Viñas con la vida y las rutinas universitarias estuvo hecha, a lo largo de las décadas, de pasión y de incomodidad, de compromiso y de tensión, y no hay duda de que su heterodoxia y su vocación por el estilo es-

tuvieron en la base de esta circunstancia. Viñas fue un intelectual, lo que solía llamarse de ese modo en los tiempos (que acaso se cierran con su muerte) en que esa condición era menos despreciada, y su muerte pone ahora a nuestras universidades ante el desafío de pensar cómo pensar la difícil relación entre la vida académica y el ejercicio de la crítica.

Este pequeño volumen quiere ser un aporte en tal sentido. Aquí se reúne un conjunto de textos que tienen como objeto a Viñas y a las distintas dimensiones de su obra, incluyendo un reportaje que nunca se había publicado en la Argentina y la conferencia que dictó en su memoria, en nuestra Universidad, una de sus discípulas más tempranas y también más originales y sutiles: Josefina Ludmer. Entre esas dos puntas, tres movimientos: borradores acuñados en conversaciones orales, entre amigos, sobre obsesiones compartidas y repetidas y que se fueron transformando en las reflexiones, más nítidas quizá, que aquí están dispuestas.

El texto de Ludmer es un entramado testimonial que pone en foco menos la obra –aunque sintetiza todos sus ademanes nucleares y su concepción de la literatura– que la persona: una evocación, conmovedora, de un David joven, en Rosario, encabalgado entre sus clases en la univer-

sidad y algún bar, alguna cena. Allí desfila un Viñas de los años 60, contorneado por otros contornistas: representación en cuerpo presente del saber, *performer* del saber, personaje revelador para un público cautivo y atónito: “las chicas de Letras de Rosario”, dirá “Iris” Josefina Ludmer.

El segundo movimiento gira alrededor de la palabra, nunca genuflexa, que Viñas garabateaba en paralelo con la temporalidad de las revoluciones del siglo XX. Una palabra que implica resurrección y vigencia y que domina la muerte: nos convida a compartir el sentido del pasado en el presente, con vistas a una proyección hacia el futuro y en la sincronía se sostiene (como la obra construida a partir de ella) en permanente tensión con el peronismo del que es inescindible, aunque Viñas lo situara fuera del relato revolucionario y lo considerara más bien como una variante de la contrarrevolución. Lo que nos lleva al tercer movimiento.

El golpe del 76 y el despliegue del plan criminal de las Fuerzas Armadas trastocaron todas las relaciones sociales entrelazadas hasta entonces en la Argentina. Muchos tuvieron que dejar el país. En el exilio, algunos reelaboraron sus antiguas adscripciones político-intelectuales, otros persistieron en su fe revolucionaria. Viñas osciló entre estos

dos momentos y lo hizo de una manera crispada: fiel a su estilo. Aquí se analiza la producción viñesca de los años de exilio y se traza un paralelismo posible entre la novedad del genocidio y la novedad de la escritura y de la perspectiva crítica de Viñas, sin dejar de observar la persistencia de un itinerario amarrado al relato de la Revolución.

Cuarto movimiento: el cine. Viñas guionó tres películas: dos dirigidas por Fernando Ayala (*El jefe*, basada en un cuento suyo, y *El candidato*) y *Dar la cara*, de José Martínez Suárez, título con el que, un año después, en 1963, Viñas publicará una novela que, entre otras cosas, tematizará la cuestión cinematográfica. Pero el texto nos cuenta también las actuaciones de David —en el rol de guionista en *Luz, cámara, acción* de Rodolfo Kuhn con guión de Manuel Antín— y, como trasfondo, desmenuza las nuevas pautas de una generación en transición, la del 60, encabalgada entre dos estéticas y dos maneras de hacer cine en la Argentina, cuyo punto de inflexión es Buenos Aires.

Último: Viñas habla. Los grandes tópicos se despliegan a partir de *Los dueños de la tierra*. Desfila un Sur no estetizado, un panorama dramático: la Patagonia en tiempos de Yrigoyen, junto a la figura paterna y la potente figura de su madre —Yuda— que condiciona a su pareja en

sus posicionamientos políticos. Los tupidos entramados entre historia y literatura a la hora de escribir ficción. *Contorno*. El peronismo. La “Conquista del desierto” en *Indios, ejército y frontera*. Los humillados de la historia argentina. La tortura que se inscribe en los cuerpos. Lisandro y el teatro. El Che Guevara y la Revolución. Y más acá: Maradona, Gardel, Evita, muy al pasar.

Profesor universitario, entonces, y crítico de la universidad, estilista sutil y pensador del problema del estilo y de su dimensión, inmediatamente política, de complicidad con los poderes o de crítica del mundo, impugnador de la barbarie criminal de nuestras dictaduras y militante de una revolución que nunca dejó de acariciar como horizonte final de las luchas sociales latinoamericanas, hombre del cine y pensador del cine, testigo y cronista de la historia del país y de la región, David Viñas nos deja una obra enorme y una forma de pensar el compromiso intelectual a las que ojalá este librito sirva para rendir un módico homenaje.

La figura de David Viñas como intelectual crítico asumió, luego de su muerte, una dimensión más profunda. Los trabajos reunidos en David Viñas. Tonos de la crítica bucean en los distintos aspectos de su vida y de su obra: la literatura, la crítica literaria y la política, y se internan en algunas facetas tal vez menos conocidas, refiriendo de un modo entrañable a sus años como profesor universitario en Rosario, como performer apasionado que representaba el saber con la voz, los movimientos y los gestos, y también a su participación como guionista de cine, campo en el que las colaboraciones de Viñas se instalan en la transición hacia el cambio de paradigma ocurrido en los años sesenta. Este volumen incluye, además, una entrevista inédita en nuestro país, en la que Viñas reflexiona sobre los grandes tópicos de su literatura. Como se afirma en el prólogo, la ausencia de Viñas pone a las universidades argentinas frente al reto de pensar cómo pensar esa relación tan difícil entre la vida académica y el ejercicio de la crítica.

Carla del Cueto

